



El Mercurio, Santiago 27-X-1974. P.7

La Guerra a Muerte

"La guerra a muerte", reeditada recientemente (Ed. Francisco de Aguirre, 925 págs.), tiene un valor documental bastante exclusivo dentro de la bien nutrida historiografía chilena. Pese al transcurso de los años, el libro de Benjamín Vicuña Mackenna permanece incólume. La edición no ha variado sus datos más que en detalles insignificantes.

El autor destacó la impresión que habían dejado en su espíritu, tan dado a la evocación azafada, los días empleados en computar las fuentes. "Este libro —constató— ha sido escrito con paz de conciencia en medio de la vorágine devoradora que en días enrojados ha estado pasando incesantemente delante de nuestros ojos". La fuerza de la imaginación lo había sumido en los hechos mismos, lo había trasladado a las selvas araucanas y puesto a observar de cerca los monstruosos acontecimientos.

No es raro que lograre trazar un cuadro documental, detallado, siempre fiel a la verdad, profundamente conmovedor. Sólo Vicuña Mackenna pudo armar una empresa de tal índole.

Pero, en fin, ¿a qué respondió la guerra a muerte?

Fue el Error, en lo inmediato, de un error. Después de Maipo los restos del ejército realista se cobijaron en Concepción y Talcahuano, dispuestos de buenas comunicaciones con Valdivia y Chiloé. En la seguridad del triunfo los patriotas tardaron un año en dirigirse al sur y consolidar la independencia. Este tiempo fue precioso para el levantamiento de la masa indígena contra las injerencias de Santiago. La razón de fondo, sin embargo, radicó en la fidelidad del sur al monarca español, lo cual fue explotado oportunamente por los curules venridos, los ospitales de indios y longuatares, estimulando la sed de sangre y pillaje anidada en el alma primitiva de Arauco. La revolución, quedó así demostrada, había sido un asunto de aristócratas capitalinos, no del hombre común y corriente, ni del colono ni del indio.

El fanatismo de Penco en su acatamiento al Rey llevó al obispo Urrutia a ordenar a las Monjas Trinitarias que hicieron abandono del claustro en Concepción, vadearan el Bío-Bío y trataran por todos los medios de llegar a Valdivia, desde donde se las trabajaría de embarcar a Lima. Más de treinta mujeres, algunas ancianas, se internaron en las selvas, y, desahuciadas, debieron cumplir durante cuatro años expuestas a los ataques

de la India, lejos de la civilización. Sólo en 1822 el coronel Picarte consiguió remitirlas a su lugar de partida.

La guerra a muerte fue la respuesta del caudillo Vicente Benavides a la matanza de oficiales españoles prisioneros en el poblado caudado de San Luis, en febrero de 1819, ocasión en que sucumbieron brutalmente los generales Ordóñez y Prieto de Rivera. Benavides, por su parte, ordenó el ferocísimo desmembramiento de los vencidos en Tarpelliboa. Días antes, eso sí, había engañado a Freire, matándole a un parlamentario y pasando por los arroyos a quince prisioneros.

Benavides era un zarpallador sanguinario, hijo de carabeco, que estaba indignado contra los austríacos porque su mujer era la amante de un oficial chileno. Sin embargo, parece ser que el verdadero instigador de sus crímenes era Juan Manuel de Rosas, oscuro ministro de Huasco que había ganado fama por su audacia y carencia absoluta de todo sentimiento humanitario. De hecho, la guerra a muerte conchugó sólo cuando se aprestó a este caudillo en 1820; Benavides había sido ahogado en Santiago en 1822, al cabo de las aventuras más inverosímiles.

El despliegue de energía humana durante estos cinco años y la enorme amplitud del campo de operaciones llevó a meditar sobre lo que habría aguardado a Chile si la guerra a muerte se hubiera agudado aún más. Desde luego, el mantenimiento de la tensión provocó graves dificultades entre Freire y Prieto, lo que pudo haberse transformado en divergencias fratricidas de incalculables consecuencias. La decisión de nuestro ejército, su valor, el patriotismo desinteresado de sus jefes, evitó que el sur de Chile hubiera terminado en varias provincias desligadas de Santiago, en Chillón, en Maguilanes, ni a Antártida. El palidivo estuvo pronto a tiempo para abortar a nuestro país la concepción desintegrada a que condujo, por ejemplo, la desastrosa Guerra de los Treinta Años, en pleno centro de Alemania. Entonces, como ahora, el caudillo resultó eficaz.

Al cabo la incipiente nacionalidad salió fortalecida, habiendo dado prueba la raza chilena de soportar y salir victoriosa de semejante trance mortal. En la frontera india, y en la guerra a muerte, se templó el ánimo que luego estaría presente en Yungay, en Chorrillos y Miraflores, en Saigra, Concepción y Huamachuco, en Iquique y Casma, en Iquique, Punta Grossa y Argemón.

La Guerra a muerte. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Guerra a muerte. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile